

JAVIERISTAS O FERMINISTAS

El conflicto surgido por quién debía ostentar el título de Santo Patrón de Navarra se desarrolló durante la 1ª mitad del siglo XVII, época en la que se establecen otros patronatos, como por ejemplo el de San Saturnino (1611). Esta sucesión de nombramientos en un corto periodo de tiempo fueron incentivados por la Reforma católica nacida del Concilio de Trento el siglo anterior.

Por un lado encontramos al “joven” San Francisco Javier. Juventud no tanto de edad, sino por la cercanía de su vida, obra y fallecimiento a la época en la que se genera este debate social, religioso e incluso político (murió en 1552). Por otro lado tenemos al veterano San Fermín, figura que venía siendo venerada en Navarra desde el siglo XII.

De San Fermín nos cuenta la tradición que nació en la vieja Pompaelo romana en la segunda mitad del siglo III. Sus padres, Firmo y Eugenia, eran paganos y pertenecían a la élite local. A mediados de siglo, proveniente de Toulouse, en la Galia, llegó San Honesto, mandado por su maestro San Saturnino, para evangelizar a las gentes de este lado del Pirineo. Honesto estableció contacto con Firmo y otros dirigentes pamploneses, como Fortunato y Sebastiano, y les dio a conocer el evangelio. A petición de éstos llamó a su maestro, Saturnino, para que viniese a Pamplona y, entre los dos, siempre según la tradición, bautizaron a los primeros cristianos de la ciudad. Firminus, Fermín, el joven hijo del senador Firmo y Eugenia, es convertido a la nueva religión y educado por Honesto. Terminará marchando a Toulouse, desde donde dará el salto como obispo a Amiens, ciudad en la que será martirizado en el año 303. San Honesto moriría antes: unos dicen que de vejez, otros que martirizado en las persecuciones del emperador Aureliano del año 270. Saturnino terminará sus días siendo arrastrado por un toro por las escalinatas del templo de Júpiter de Toulouse. El culto a éste lo encontramos con seguridad en Pamplona ya en el siglo XI, cuando llegaron gentes francas a fundar un nuevo burgo, llamado de San Cernín en su honor. Será nombrado copatrón de Pamplona en 1611, estableciendo el día 29 de noviembre como su día festivo en la liturgia cristiana, junto con el “desconocido” San Honesto, de quien pocos pamploneses saben de su existencia y que el 28 de noviembre tiene establecido su hueco en el santoral.

La semilla del culto a San Fermín en Navarra, y por extensión a San Honesto, nació en 1186, cuando el obispo de Amiens envió a su homólogo de Pamplona, Pedro de Artajona, una reliquia de un trozo de hueso del santo. Según las viejas crónicas, los restos de Fermín fueron hallados por San Salvio, obispo de Amiens, de forma milagrosa, a las afueras de esa ciudad el 13 de enero de año 615. Al recibir la reliquia, el prelado pamplonés decidió establecer la fiesta del santo el 10 de octubre, como se venía haciendo en la ciudad de Amiens.

Hasta 1590 la celebración en honor a San Fermín se realizaba en esa jornada. Pero buscando una fecha donde el tiempo fuera más benigno para los actos festivos, las autoridades pamplonesas decidieron trasladar la festividad al primer domingo de julio. Como el año siguiente éste cayó en día 7, 7 de julio, se quedó así, definitivamente, para la posteridad.

San Francisco Javier, bautizado como Francisco Jaso Azpilicueta Atondo y Aznárez, nació en el catillo de Javier, solar centenario de su familia, un 7 de abril de 1506. Su padre, Juan de Jaso, ostentaba un alto puesto dentro de la administración regia, siendo presidente del Real Consejo de los monarcas navarros Catalina de Foix y Juan de Albret. La conquista del reino por los ejércitos de Castilla y Aragón de la mano de Fernando el Católico y la defensa de la causa de los monarcas navarros de la familia del joven Francisco, hizo que la infancia del futuro santo se alterase por causa del conflicto que dividió el viejo reino y lo cubrió de sangre y odio. La casa de su familia, el viejo castillo, terminó desmochado e inutilizado en el año 1516 por orden del cardenal Cisneros, al igual que muchísimas otras fortalezas navarras. En 1528 marchará a París a comenzar la carrera eclesiástica. Y será allí donde conocerá a Ignacio de Loyola, con quien establecerá una relación y una amistad que marcará toda su vida.

El futuro fundador de la Compañía de Jesús tenía un pasado poco piadoso, ya que había servido en las filas de los ejércitos castellanos en la invasión del Reino de Navarra. Conocido entonces como Íñigo de Loyola, fue herido de gravedad en Pamplona, durante el asedio y toma del castillo de Santiago (o de Fernando el Católico) el 21 de mayo de 1521. Este accidente le marcará profundamente y hará que deje la espada y tome los hábitos.

La relación de Francisco Javier y de Ignacio parece que no fue cordial en un principio, tal vez debido a las heridas aún sangrantes de la participación del guipuzcoano en la toma del reino de Navarra y la posición de la familia del de Javier en la contienda. Sea como fuere terminó naciendo una profunda amistad y colaboración entre los dos. La vida del navarro le llevó a poner sus miras en la evangelización del lejano Oriente. Tras años de servicio a Dios, morirá en la isla de Shangchuan a la temprana edad de 46 años un 3 de diciembre de 1552. Su inmensa labor evangelizadora, su historia y su leyenda desembocarán en su canonización por el papa Gregorio XV en 1622, junto a su compañero Ignacio de Loyola.

Su culto se extenderá rápidamente por todo el mundo (en 1748 será nombrado patrono de todas las tierras al este del cabo de Buena Esperanza e incluso en 1952 el Papa Pío XII le nombrará santo patrón del turismo). La historia de su importante labor y figura recorrerá la tierra que le vio nacer y su devoción se hará grande.

*Será en el momento de su canonización cuando se iniciará un conflicto nacido del fervor popular, ya que Navarra se dividió entre los que defendían a San Francisco Javier como santo insignia del viejo reino y los más tradicionales que defendían la centenaria figura de San Fermín. Surgieron numerosas confrontaciones y manifestaciones entre los llamados “javieristas” y “ferministas”. Disputas teológicas, sociales e incluso políticas, que podían verse plasmadas, por ejemplo, en las imágenes que se colocaban en los retablos, elegidas por la devoción de los lugareños, del párroco o del noble de turno que pagaba la obra. A San Fermín lo defendían de forma oficial, entre otros, el Cabildo de la catedral y el ayuntamiento de Pamplona; mientras que a San Francisco lo hacían los jesuitas y la Diputación del reino. La disputa llegó a tal magnitud, y las posturas eran tan opuestas e irreconciliables, que tuvo que intervenir la propia Santa Sede. **Fue el Papa Alejandro VII quien zanjó el debate nombrando a los dos santos copatronos de Navarra en 1657.** En esta ocasión, en vez de separar como propuso el rey Salomón, se optó por unir. Como navarro que soy, creo que la decisión fue la correcta (Pedro del Guayo, 2020).*

EL MILAGRO DE EMPEL

Para ello nos remontamos a la España de 1585, la cual estaba envuelta hacía ya tiempo en la guerra de los 80 años (1568-1648). Se trató de un conflicto que enfrentó a las Diecisiete Provincias de los Países Bajos contra el Imperio de Felipe II. Los ejércitos de su hispana majestad, los famosos tercios, luchaban por el control de esa parte de Europa de gran importancia estratégica militar y económica. A comienzos de diciembre de ese año, el Tercio Viejo de Zamora, mandado por el maestre de campo Francisco Arias de Bobadilla, perteneciente a los ejércitos comandados por Alejandro Farnesio y dirigidos por el conde Carlos de Mansfelt, se encontraba a las orillas del río Mosa en tierras holandesas. Por orden de sus superiores, Bobadilla lo cruzó para hacerse con la isla de Bommel, controlando así al enemigo y cerrando el ataque sobre ellos. Casi 5000 hombres se dispusieron a defenderla. Bobadilla mandó varias patrullas a vigilar unos diques de contención que mantenían el nivel del agua del río. Mas los rebeldes holandeses, al mando del conde Holac, apodo de Felipe de Hohenlohe-Neuenstein, con una flota de un centenar de barcos, consiguieron romperlos y, con ello, hacer que el agua creciera tanto que la isla donde estaban los soldados españoles, se inundase en gran medida. Viendo Bobadilla la acción enemiga, ordenó un rapidísimo repliegue a la parte más alta del terreno para así evitar que se ahogasen sus tropas. Miles de hombres alcanzaron la cima de la montaña de Empel y comenzaba para ellos una difícil situación, donde la victoria se alejaba de sus manos, así como la certeza de salir vivos de esa empresa. Consiguieron mandar un emisario al conde Carlos de Mansfelt, poniéndole al tanto de la difícil situación y regresó con una respuesta poco satisfactoria, pues planteaba una misión imposible de rescate, en la que solo la mitad de barcos que los que disponía el enemigo, se acercarían a la isla para conseguir romper el bloqueo.

Mientras tanto, los soldados del Tercio Viejo de Zamora tuvieron que resistir durante horas el intenso ataque de artillería y mosquetería desde las naves de sus adversarios. El bombardeo fue brutal, pero permanecieron en sus posiciones. Y no solo eso, pues respondiendo a los cañones holandeses consiguieron alejar los buques de la isla. Ante esa situación, Francisco de Bobadilla ordenó la preparación de nueve barcasas para apoyar la operación de rescate planteada. Pero una vez más el enemigo se adelantó y destruyó las pequeñas embarcaciones, tirando por el suelo toda esperanza de victoria. Si antes la maniobra de rescate era casi imposible, ahora se había convertido en un auténtico suicidio.

La mañana del 7 de diciembre parecía todo perdido: los soldados se encontraban sin comida, sin munición suficiente, con las ropas mojadas y rotas, y sin esperanza de victoria. Fue entonces cuando uno de ellos, realizando un hoyo donde guarnecerse del frío viento y de las balas enemigas, encontró una maravillosa imagen de la Inmaculada Concepción. Estaba realizada sobre madera y los colores eran tan brillantes y limpios que parecía que había sido realizada en ese mismo momento. El hallazgo, como no podía ser de otra manera, fue tomado como una señal del cielo, un gran milagro. Los soldados rompieron en oraciones y se cantaron varias salves a la Virgen. Esa inyección de adrenalina, generada por la creencia de que no estaban solos, de que desde las alturas velaban por ellos, animó a todos a resistir y morir con valor y honor. Bobadilla reunió a sus oficiales y mandos y les indicó el plan a seguir: desarmarían los cañones, quemarían las banderas y se lanzarían en un último y fiero ataque contra los rebeldes, hasta que el último de ellos cayera por España.

Por su parte, el almirante holandés, el conde de Holac, consciente de la situación de su oponente y de su pronta derrota, consideró oportuno darles la opción de rendirse de forma honrosa. “Los infantes españoles prefieren la muerte a la deshonra. Ya hablaremos de capitulación después de muertos”, fue la respuesta de Bobadilla.

A la mañana siguiente, el 8 de diciembre, fiesta de la Purísima Concepción, el río Mosa apareció congelado por arte de magia. Durante la noche sopló un gélido viento que convirtió las aguas en una pista de hielo en muchos lugares. La sorpresa fue total para ambos contrincantes. Achacada a la intervención divina, a través de la Inmaculada Concepción y por medio de la talla encontrada, los soldados del Tercio Viejo de Zamora romperían en vivas y oraciones. Los holandeses no pudieron más que alejar los barcos de la isla, si no querían acabar encallados en el hielo, abortando así el ataque final. En su marcha, según nos cuenta la tradición, el almirante holandés llegó a decir: “Tal parece que Dios es español al obrar tan grande milagro”.

El día 9, Bobadilla y sus miles de soldados se lanzaron al ataque a través del hielo, y, ayudados por sus barcas, consiguieron cruzar el río y atacar el fortín construido en la otra orilla que apoyaba a la flota rebelde. Aunque no hubo ningún combate, pues el enemigo, al ver venir hacia ellos miles de soldados enfurecidos, sedientos de venganza y con la victoria inyectada en su mirada y en el corazón, huyó del lugar sin disparar un solo tiro.

Desde entonces, por lo sucedido en Empel, la Inmaculada Concepción fue patrona de los tercios y posteriormente de la infantería española. Dicen que la fe mueve montañas, aunque también desplaza ejércitos, derrumba murallas y conquista naciones. Iconos, estatuas de madera, trozos de hueso, tejidos, visiones en el cielo... Todo se puede convertir en una señal divina, en una reliquia sagrada, si hay alguien que así lo desea creer.